

edad de la ciencia libre y sola será de cada vez más la EDAD DE HIERRO. Desdeñosa la ciencia ó enemiga de la Religión como la quereis, será, quieras que no, desdeñosa y enemiga de la humanidad.

La fe es absolutamente necesaria. ¡Ah! qué desesperación, si la falsa ciencia llegara á ahogar completamente la voz de Aquel que dijo: Venid á mí, todos los que estais agobiados por el peso del trabajo y del dolor, y yo os aliviaré.

Resumamos:

Un personaje histórico y santo, modelo incomparable de austeridad, que tiene por túnica un fragmento de piel de camello, por cinturón un pedazo de cuero, por alimento un poco de miel silvestre y algunas langostas de los campos, señala á todos un hombre más jóven que él y exclama: Conviene que ÉL crezca y que YO mengüe. Quien no cree en él como en el Hijo único de Dios, no se salvará.

El más santo, el más dulce de los hijos de los hombres, se llama Hijo de Dios, igual á Dios; se deja adorar como Dios, afirma que quien no cree en él, Hijo único de Dios, está ya juzgado, condenado. Y la fe en él y el amor de él han llenado el mundo. ¡Esplendor! esplendor!



CAPÍTULO III.

La Fe es rara.

*Vendrá tiempo en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina, sino que teniendo una comezon extremada de oír, recurrirán á una cattera de doctores, propios para satisfacer sus DESEOS, y cerrarán sus oídos á la verdad y los aplicarán á las fábulas.* (Segunda Carta de san Pablo á Timoteo, capítulo IV, v. 3 y 4.)

La fe es rara, muy rara. No nos forjemos ilusiones, nos acercamos á los desdichados tiempos de que habló el divino Maestro: *Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿creéis que encontrará fe en la tierra?*

La atmósfera que respiramos en esta grande capital, que se respira en el mayor número de las ciudades de nuestras provincias, que se comienza ¡ay! á respirar en las aldeas de varios de nuestros departamentos, es una atmósfera no solamente de indiferencia religiosa, sino de muerte espiritual, de incredulidad ya que no razonada, á



lo menos habitual, cuya fatal influencia sentimos todos más ó menos.

La fe práctica es rara, muy rara, como lo prueba el abandono casi universal de los Sacramentos, sobre todo por parte de los hombres. ¡Los hombres! son sin embargo los hermanos mayores de Jesucristo, los primeros que se sentaron á la mesa eucarística en la persona de los Apóstoles. ¿Habrían, como Esaú, vendido su derecho de primogenitura? Habríanse resuelto á dejar á sus mujeres é hijos las bendiciones de Dios y el cielo? Se resignarían fatalmente á la maldición y al infierno?

La fe teórica es rara, muy rara, como lo prueban, en el mayor número, una manera de pensar enteramente opuesta al Evangelio, máximas absolutamente contrarias á las doctrinas de Jesucristo. ¿En dónde buscar actualmente la creencia sencilla, la adhesión franca á las verdades que Dios nos reveló por Jesucristo, y que su santa Iglesia nos enseña?

La fe, en una palabra, en todas las formas, es rara, tan rara, que me pregunto involuntariamente si existe aún, fuera de un pequeño grupo de elegidos.

Excluid del número de los creyentes á los que profesan abiertamente la incredulidad y el odio contra la Iglesia de Jesucristo.

Excluid á los que se atreven aún á llamarse religiosos, pero que se disculpan de ser cristianos.

Excluid á los que ya no creen en los misterios, dogmas y milagros del Evangelio; que van diciendo muy alto que la fe humilla en demasía su razón; que es buena quizás para las mujeres, niños y pueblo, pero que ellos no la necesitan para nada, porque las luces de su inteligencia y los instintos de su alma les bastan plenamente para portarse bien.

Excluid á los que no pertenecen al cristianismo sino por su bautismo y una primera comunión de que no se acuerdan ya; que en toda su vida van apenas alguna vez al templo, y siempre para probar en él por su increíble

comportamiento que no saben ya que una iglesia es una casa de oración.

Excluid á aquellos cuya alma es sensual y está agitada por la duda, que, como las nubes vacías de que habla el apóstol san Judas, son traídos y llevados á todas partes por los vientos de los errores y de las pasiones.

Excluid á los que creen maquinalmente, sin saber lo que creen y por qué lo creen, cuya instrucción religiosa se manifiesta por una profunda ignorancia, y el celo religioso por una indiferencia absoluta.

Qué quedará? Cuando el Hijo del Hombre venga á la tierra, ¿creéis que encontrará fe en ella?

Los fieles creyentes son como los restos que la tempestad y el naufragio han arrojado esparcidos en la inmensa superficie de los océanos.

*Apparent rari nantes in gurgite vasto.*

Preguntad al acaso por su fe, no á un hombre ignorante y sin educación, sino á uno de los sabios, uno de esos sabios que forman el encanto y la gloria de nuestras sociedades modernas.

¿Conoce los primeros elementos de la Religión santa que sus padres honraron con tantas virtudes? Para instruirse en ella, debiera consagrarle un tiempo precioso que debe á ocupaciones incomparablemente más importantes.

Pero ¿cuál es su religión? ¿cuál su culto? Si le oís, caso de que se digne contestaros, su respuesta os helará de espanto. Os creeréis trasladados á los tiempos de Atenas y Roma. «Adoro, os dirá, al Sér supremo, criador y conservador del universo, pero que, tranquilo en la mansión de su gloria, cierra los ojos acerca de las acciones de sus criaturas, demasiado poco dignas de fijar sus miradas.» Hé aquí sus dogmas. Cree en el Dios ilusorio que osaron llamar el Dios de la gente de bien.

«Esfuérzome por no hacer á los demás lo que yo no quisiera que me hicieran á mí. En la administración de mis



intereses respeto cuanto puedo los intereses ajenos.» Aquí está toda su moral.

Y sin embargo, está perfectamente contento de sí mismo, porque se cree y se llama hombre honrado. Si entrara en el templo, iría directamente al altar, alta la frente, y exclamaría: «Te doy gracias, Dios mío, porque no soy como el resto de los hombres, ladrón, injusto, egoísta, adúltero, sino buen esposo, buen padre, buen ciudadano.» Reiríase con desden del publicano que, prosternado en tierra, se golpearía el pecho y pediría á Dios que le perdonara, porque es gran pecador. Importaría muy poco salir del templo abrumado por el odio que Dios tiene al pobre orgulloso, mientras que el publicano entraría justificado en su humilde habitación.

¡El fariseo hombre honrado! hé aquí el tipo característico del siglo décimonono.

La fe es rara, muy rara; pero su escasez es un argumento de más á favor de su divinidad: porque es el cumplimiento palpable de las predicaciones de Jesucristo y también de los Profetas y de los Apóstoles.

Es la eterna historia, contada por Isaías, de los hijos que alimenta, engorda, exalta, pero que acaban siempre por traicionar y despreciar á su madre.

Es la viña de todas las edades. Se la ha cercado con un seto tutelar, se la ha limpiado de las piedras que obstruían su suelo; se ha edificado en su seno una torre para guardarla y un lagar para extraer el zumo de sus uvas; se la cultiva con amor, se la poda con habilidad, y en lugar de la vendimia que se le pedía, no produce más que cambrotes y espinas.

San Pablo vió que llegaría un tiempo en que los hombres no podrían ya sufrir la sana doctrina; en que, empujados por deseos insensatos, por una extremada comezon de oír, se rodearían de maestros propios para satisfacer sus deseos, huirían de la verdad y se aficionarían á las fábulas.

Jesucristo dijo: Cuando yo venga, ¿creeis que aún encontraré fe?... En los días de incredulidad general que precederán á la fin del mundo, si Dios, por amor á sus elegidos, no abrevia el tiempo de la tribulación, habrá zozobrado toda fe.

La fe es rara, muy rara; lo confesamos gimiendo, pero no admitimos con nuestros adversarios que sea imposible en lo sucesivo, y que haya huido delante de la ciencia como un ave nocturna huye delante de la luz.

Muy recientemente, un escritor célebre, miembro de la Academia francesa y senador, muerto ya, escribía desgraciadamente á un jóven católico-liberal una carta de la cual copiamos las siguientes líneas que nos entristecieron profundamente, pero contra las cuales protestamos con toda la energía de nuestra alma:

«Siéntase ó no, la fe ha desaparecido, porque la ciencia, dígame lo que se quiera, la destruye. Para las inteligencias vigorosas y sensatas, alimentadas por la historia, armadas de crítica, que estudian las ciencias naturales, ya no hay medio de creer en las antiguas historias y en las antiguas biblias. En esta crisis no queda más que una cosa por hacer para no decaer y vivir en la decadencia: ir aprisa y caminar firme hácia un orden de ideas razonables, probables, encadenadas, que da convicciones á falta de creencias, y que, mientras deja al resto de las creencias vecinas toda libertad, toda seguridad, prepara en las inteligencias nuevas y robustas un punto de apoyo para lo venidero. Se crea lentamente una moral y una justicia de base nueva, no menos sólida que por lo pasado, más sólida aún, porque no entrará en ella nada de los temores pueriles de la infancia.»

La fe es rara. Diariamente desaparece de cada vez más. Es verdad, absolutamente verdad. Acabamos de afirmarlo. Y muy pronto diremos francamente por qué desaparece. Pero lo falso, absolutamente falso, y lo probaremos



tambien hasta la evidencia, es que la ciencia haya matado y mate necesariamente la fe; que (y lo hemos dicho ya de sobras) la *moral independiente*, que no es más que una palabra hueca, si se la separa de la religion natural, pueda ofrecer una tabla de salvacion en el naufragio, un punto de apoyo para lo venidero.

Cuando hayamos dejado bien asentado que el hombre es cada dia menos formal, más niño, más mal niño, más *pilluelo*, dispénsenos la palabra, se comprenderá mejor lo que hay de ridículo en la loca pretension de que sea un medio de moralizarle el librarle de los temores pueriles.

El materialismo y la literatura materialista, uno de cuyos más ardientes apóstoles era nuestro falso profeta, es lo que mata la fe, lo que infaliblemente matará la ciencia, la moral, la civilizacion, y nos llevará forzosamente á la barbarie. ¿Por ventura la ciencia francesa no está ya considerablemente menguada? ¿Acaso en el seno de nuestros matemáticos, físicos, botánicos, etc., de la segunda generacion, veis levantarse una de las grandes figuras que se imponen y prometen crear escuela? Las matemáticas se van, la física se va, la botánica está muerta, etc. ¡Hé aquí lo que continuamente oimos repetir en torno de nosotros!

Preguntad á los grandes y antiguos maestros si no temen por la ciencia, tanto y más que por la fe, la fatal invasion del positivismo, el exceso de audacia de vuestros supuestos talentos vigorosos y sensatos, armados de una vana crítica, estudiosos, no de las leyes sino de los hechos de la naturaleza, que hacen de la ciencia un templo sin Dios, un cuerpo sin alma, un caos de fenómenos sin causas ni objeto.

El estudio de las ciencias ha absorbido mi vida, y mi fe es tan viva como en los dias tranquilos de mi juventud bretona. Y estoy en el caso de demostrar, hasta la evidencia, que en la ciencia, aun en la más adelantada, no hay ningun hecho, ninguna teoria verdadera en oposicion con la fe cristiana y católica.

Y comprendo mejor cada dia que la fe, que no es en realidad, — como voy muy pronto á asentarlo, — que el telescopio de mi razon y de mi corazon, aumenta en proporcion enorme los horizontes y las aspiraciones de la ciencia.

Y vuelvo á encontrar en mí más que nunca los sentimientos que expresaba en estos términos, veinticinco años há, en la primera edicion de mi *Tratado de telegrafia eléctrica*:

«En setiembre de 1845 estaba yo en el puente de Londres, centro y punto culminante de la civilizacion material más adelantada que jamás existió. Mi imaginacion estaba vivamente exaltada por el espectáculo, único en el mundo, de los centenares de buques de vapor que hendian las aguas del gran rio con velocidad excesiva, de las locomotoras que partian mugiendo para devorar el espacio, de los hilos metálicos usurpados al rayo, y que lanzaban á todos los puntos del horizonte mensajes rápidos como el relámpago, de las mil chimeneas más altas que los obeliscos del antiguo mundo, y que hacian caer sobre la inmensa ciudad las oleadas de su lúgubre humo.

«Pero mi inteligencia estaba más iluminada que nunca por las luces de la fe.

«Pero mi corazon vibraba mejor que nunca al unísono inspiraciones consoladoras y eminentemente humanitarias de la religion cristiana.

«Pero yo comprendia mejor que no la habia comprendido hasta entonces la doctrina celestial: ¡Gloria á Dios! Paz á los hombres de buena voluntad! Sólo el reinado de Dios puede traer á la tierra el reinado de la justicia y la felicidad. La única verdadera libertad es la de los hijos de Dios y de los hermanos de Jesucristo.

«Y hé aquí el sentimiento que me agitaba.

«El hombre ha llegado á ser gigante más aún por la invencion de la telegrafia eléctrica que por el empleo del vapor. Pues bien, la Sagrada Escritura nos refiere que ya lo fué en los tiempos primitivos. Sí, antiguamente hubo una



raza de gigantes, y, si no nos tenemos cuidado, su historia lamentable podrá convertirse en la nuestra. El hijo de Dios encontró bellas á las hijas de la tierra. Un loco amor depravó repentinamente su corazón, y ofuscó su razón. El espíritu llegó tristemente á identificarse con la carne. Esta unión insensata y criminal produjo los gigantes.

«Y efectivamente, cuando el genio del hombre concentra toda su actividad, toda su energía en la materia, cuando en cierta manera la anima con su soplo de vida divina, se vuelve como un gigante. Pero entonces también, en la embriaguez de su triunfo, se cree Dios; ya no levanta sus miradas al cielo; se concentra en sí mismo; se encarna de cada vez más en la materia, cuya masa acaba en cierto modo por absorberlo. Pero muy pronto comienza una espantosa reacción. La materia convertida en reina enerva y subyuga á su rey. Esclavizado, embrutecido por los sentidos, pierde el espíritu todo su aliento; la ciencia se apaga, la industria muere, y comienza otra vez la barbarie.»

Triste es decirlo, pero lo dicho es como el fatal resumen de la historia de la humanidad. Tan pronto como el ángel de luz extiende sus alas y vuela hácia una región nueva para traerle con la fe el beneficio de la civilización, el ángel de las tinieblas sale á su vez del abismo, y va á minar el terreno que, tarde ó temprano, deberá entreabrirse para engullir á una nación corrompida.

La fe es rara, pero rara solamente en los límites señalados previamente, de tal manera que su rareza no sea, como ya lo hemos dicho, una objeción contra su divinidad.

Hay efectivamente una Iglesia en la que la fe es todavía sana y viva, en condiciones que son para ella un verdadero esplendor; una Iglesia en la que el número de los que creen con una fe sincera y práctica es relativamente muy grande. Esta Iglesia es la católica, apostólica, romana.

Jesucristo, su divino fundador, al darle por jefe al mismo jefe de su apostolado, había dicho: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.—También había dicho: Yo rogué por tí, Pedro, para que tu fe no se extinguía. Tú tendrás tu hora de debilidad, pero te levantarás prontamente, y, convertido, confirmarás á tus hermanos en la fe.—Finalmente, separándose, para subir al cielo, de Pedro y de los demás compañeros de su apostolado, les había dicho: Id, enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y hé aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos.—Pedro y los apóstoles se fueron, bautizaron, enseñaron, enseñaron á guardar los mandamientos. La Iglesia católica ha llenado y llena aún el mundo. Y en todas partes es una en su fe, una en sus dogmas, una en su moral, una en su disciplina, una en su liturgia. ¡Esplendor! esplendor!

Los católicos que creen, que oran, que comulgan en toda la superficie del globo, no han cesado de formar una multitud imponente.

Los cabecillas del libre pensamiento, en la gran Babilonia de los tiempos modernos, habían organizado para el Viernes Santo, 26 de marzo de 1869, una manifestación impía. Habíanse dado cita para comer manjares prohibidos al aire libre. Era el eco popular y brutal de una comedia aristocrática representada el año anterior en la casa del grande escritor que quería que la ciencia hubiese muerto para siempre á la fe. Á pesar del llamamiento hecho con mucho bombo por los periódicos de la moral independiente, el número de los convidados de esos monstruosos agapes llegó apenas á ochocientos; el mayor número parecían estar avergonzados de encontrarse juntos; las pocas mujeres que se habían dejado llevar como arastradas allá, apenas si se atrevían á levantar los ojos, y poco faltó para que no terminara el banquete por un violento alboroto.